

que hay es que usted se ha petrificado en sus rarezas, y ni mujeres ni estrellas lo conmoverían. Claro está que si usted se empeña en no ser feliz, no lo será; es lo mismo que si teniendo las dos piernas válidas, dijera usted: no puedo caminar. Y no moviendo las piernas, no caminaría. Si Arturo no me busca á mí, no me encuentra. ¡Y cuidado que estaba bien guardada en el colegio!

— Pues te digo — insistía yo — que si me decidiera á caminar, aun sobre terreno que pareciera llano, alguna piedra ó algún hoyo aparecerían á lo mejor donde tropezara y cayera.

— ¿Y para qué le ha dado Dios esos ojos, papá?

— Para ver lo que los dichosos ignoran. La felicidad ciega y el dolor moral aguza la vista.

Con estas y otras graciosas polémicas pasábamos muy buenos ratos. Tenía Isaura vastos conocimientos, y gustaba, como he dicho, de mostrarlos, sobre todo en botánica y en las artes de adorno. No pocos injertos del jardín son obra suya; el grande peral del pozo me ofrece cada año su cosecha, y el contemplarla en la bandeja que me trae *Bullebulle* renueva mi consuelo: también los rosales de la fuente y los manzanos del portón... Plantaba y sembraba con los guantes puestos, para no estropearse las manos, y un sombrero de paja adornado de gasas, que allí está aún, allí, en la percha de su alcoba; yo la había comprado un rastrillo, una pala y una azada de niño, y hacía la aldeana más graciosa y monísima que se ha

visto. Pues ¿y en bordados?, un verdadero primor: el almohadón ese del sofá, mi relojera, mis zapatillas, ¡qué sé yo! Primer premio de música, pareceme inútil decir que tocaba el piano y cantaba de modo que se extasiaba uno oyéndola, y no se cansaba jamás de oírla. De pintar entendía también, sobre todo á la acuarela; y en verdad que no sé yo cómo para todo la sobraba el tiempo y en tan diversas ocupaciones sabía entretenernos y deleitarnos. Arturo, en su delirio, olvidaba el bufete de la ciudad y muchas exigencias vulgares, de las que yo había de encargarme por la fuerza de mi apodo.

Así transcurrió la primavera y llegó el verano. Ellos eran felices y yo también, á la manera del pobre que engaña su hambre recogiendo las migajas del rico. Les veía reír y reír, dejábame que me trajeran y llevaran, que me abrazaran y llamasen á boca llena ¡papá!, ¡querido papá!, como abuelito que se cae de puro viejo, y estaba allí para servirles y obedecerles y satisfacer sus deseos, los menores y más inocentes. ¡Dulces tiranuelos, al cabo!

El pararme á considerar por qué extraño atavismo aquella pareja gentilísima produjo el Arturito Riquez de hoy, me pasma y anonada. Arturito tiene más de mi tío Tejera que de ninguno de la familia: ni en lo moral ni en lo físico se parece á su padre ni á su madre, y de mí, que le he criado y educado como á su padre, como no sea el blanco de los ojos no sé qué haya sacado, ni qué se le haya pegado de mi ejemplo. Hom-



bre completo, con todos los vicios y defectos de la especie, ¿quién se los dió?, ¿quién se los ha sugerido, tan bien y con tal arraigo que la educación no ha podido extirparlos? «Esto del nacer es una lotería, decía mi pobre hermana Laurentina; saca uno la cara bonita ó fea y el alma torcida ó derecha. El toque está en que la educación ó la voluntad lo remedien. Y hay cosas irremediables.» A veces pienso que el alma de Arturo está formada con algo de las de Clara y Laurentina, juntándose en una sola todas las flaquezas que en aquéllas «ni la educación ni la voluntad supieron remediar...»

Adelante. Cuando yo estudiaba, leí de ciertos insectos que viven sólo para amarse, y en amándose mueren: vida de amor efímera y fatal. Esta es la historia de Arturo é Isaura.

Declinaba ya el verano y el primer soplo del otoño estremecía las hojas. Los paseos en el jardín eran cada día más breves, y así que se ponía el sol teníamos que meternos dentro y cerrar las ventanas y hasta buscar abrigo, especialmente Arturo que, consumido de amor y dijera lo que dijera el señor médico, amarilleaba más que las mismas hojas y tosía apoyado en el brazo de Isaura, tan endeble y delgado como una caña. Una tarde, que andaban ellos muy alegres y yo, por no molestarles, me perdía en la huerta, oí un grito, luego otro, y vi venir en mi busca á Isaura, demudada, llorosa, enseñándome de lejos algo que manchaba su vestido blanco, con el gesto desgarrador de Sara aquella

noche. Se acercó y reconocí las pintas fatídicas... Jugando le acometió á Arturo un acceso de tos muy fuerte, y recostada la cabeza sobre el hombro de su mujer, ésta le sostuvo hasta que el miedo la hizo huir en demanda de mi auxilio.

Fingí reñirla por librarse á jugarretas de chiquillos, y acudí con ella al banco donde le dejara, encontrándole desmayado y sin color... Aquel fué el comienzo de su agonía.

Ya no salió más al jardín, se arrinconó, se entristeció, y siempre con su heroica frase «No es nada...» trataba de infundirnos lo que á él mismo le faltaba, la esperanza, en las pocas veces que le engañaban los optimismos de la enfermedad. El piano quedó cerrado, la paleta de nuestra rubia pintorcilla se cubrió de polvo, las plantas aguardaron en vano el amistoso cultivo de las manecitas enguantadas: el relámpago de nuestra felicidad había pasado.

Sin embargo, Isaura no se daba cuenta de la situación. Arturo tampoco, al menos en lo tocante al desenlace funesto. Yo, sí. No dudé un momento, y á aquel «No es nada...» del triste inconsciente, respondía mi desilusión: «¡Es la muerte que llega, la separación que nos amenaza, la dicha que se acaba!» Para mí, especialmente, el caso era horrible. Con la muerte de Arturo, mi hogar, hecho de puro artificio, se hundía, quedaba destruído como nido de *hórnero* que la saña infantil pulverizó perversamente. Porque no parecía honesto, y no lo era en efecto, que continuara Isaura viviendo



á mi lado: tenía que volver á mi soledad de hongo, de individuo sin familia y sin amigos, de leproso á quien la sociedad excluía y desterraba. Esto por lo que rezaba conmigo; que en cuanto á Isaura, el problema se presentaba más difícil: ¿dónde se refugiaba?, ¿á la vera de quién se guarecía? Tampoco ella tenía familia. Los Maltán de aquí y de allá apenas mantenían con ella tibia relación. Y lo peor era que Isaura estaba encinta.

Cuando la pesadumbre de una desgracia es tanta que parece va á aplastar al mísero sobre quien se desploma, se cierran los ojos y se espera, se espera, se espera... á ver si, pasado el golpe, aún se conserva la vida. Eso hice yo. No quise pensar más en lo que sucedería, y me contraje al cuidado de mi enfermo con olvido absoluto de mí mismo. Yo tampoco salí ya al jardín, y me arrinconé y entristecí como Arturo, tanto que Isaura se condolía de mí y se afligía por los dos. Como teníamos tan escasas amistades, ellos por su egoísmo amoroso y yo por mi carácter, pocos consuelos de fuera nos llegaban, y los días, las noches sobre todo, eran para nosotros intolerables, tan largas que en nuestro sillón de enfermero creíamos que no vendría ya la luz á buscarnos.

Al fin, Isaura, como más débil, hubo de ceder á la tiranía de su estado y recogerse tempranito, quedando yo solo en vela cada noche, alguna con *Bullebulle*, pero las más, casi todas, solo, porque *Bullebulle*, torbellino en forma de hombre, no servía para el caso. No

me acuerdo de aquellas veladas sin estremecerme. Eran en este salón, en este mismo salón. Arturo no quería pasar la noche en su alcoba y le traíamos aquí, le arropábamos y le sentábamos junto á la chimenea. Todos se marchaban y quedaba yo para cuidarle. Él tan pronto tenía calor como frío, deseaba estar acostado como de pie, tenía sed ó manifestaba otro capricho semejante, y yo le quitaba las mantas, volvía á ponerse las, le ayudaba á sentarse ó á levantarse y á pasear de arriba para abajo y de abajo para arriba, le preparaba la poción ó el alimento, andando de puntillas porque no se despertaran los demás.

No dormía un minuto, espiondo con ansiedad si se movía, si tosía, si quería algo, así fuera lo más extravagante y raro, lo más imposible, para buscárselo y ofrecérselo, todo menos la salud, que no podía proporcionarle. Quiso un sillón de ruedas, y fuí á la ciudad por el sillón y se lo traje; quiso una piel para los pies y una capa de estas españolas, y antes de las veinticuatro horas tenía la capa y la piel, habiendo en cuenta que estos y otros caprichos era preciso salir á buscarlos montado en carricoche por aquellos lodazales, que hacían el viaje pesado y difícil. Otras veces eran golosinas que había que prepararle á media noche, el candiel con huevo y canela, por ejemplo, que ninguna criada hacía á su gusto y que yo fabricaba tan á satisfacción suya que no lo tomaba de otra mano, diciéndome entre accesos de tos que era maravilla cómo lo hacía todo tan bien. ¡Qué don privilegiado



el mío! La bondad era el numen que me inspiraba en acciones, sentimientos y palabras.

¡Triste numen, digo yo! Lo cierto es que esclavitud mayor que la mía en aquella ocasión, no la ha padecido padre verdadero, tan grande como la que su niñez y su adolescencia me impusieron, y aún peor. La vez del médico que salí á buscar escapado, en medio de una deshecha tormenta nocturna, me recuerda mis siniestras andanzas del 71: ¡qué remojón!, ¡qué fatigas y qué soberano catarro! Fuimos dos en el toser recio y sin descanso, y no por eso abandoné mi puesto de vigilancia y sacrificio.

Las noches sucedían á los días y los días á las noches, siempre igual. Trataba yo que Isaura estuviera lo menos posible al lado de su marido, porque avanzado su estado interesante, las impresiones que recibiera podían serle funestas, sobre todo si la sorprendía el súbito apagamiento de aquella lámpara tan consumida ya, á cuyo efecto me valía de mil pretextos que reclamaban mi presencia continua en la quinta; pero si de noche lo conseguía fácilmente, de día no era posible alejarla, ni el mismo Arturo se prestaba dócil á esta separación.

Una tarde de los primeros días de mayo le habíamos sentado, á pedido suyo, delante de la ventana del jardín, y envuelto en su capa, de cuyo rojo embozo se destacaba el afilado perfil color de cera, miraba el remolinear de las hojas bajo el cielo gris, que una faja morada, con tonalidades de lila y de jacinto, adornaba



Isaura trajo otra manta y se la echó á los pies



como magnífica orla en el horizonte. Hablábamosle nosotros por distraerle y él callaba, atento á la danza de las hojas, que no giraban más, sin duda, que el enjambre de sus pensamientos, y entretanto de los húmedos arriates se alzaban las sombras y envolvían en sus tules los árboles desnudos, y allá arriba los tonos de lila y de jacinto se trocaban en violeta, mientras graciosos copos de nubecillas corrían perseguidos por la noche.

— Tengo frío, dijo Arturo.

Isaura trajo otra manta y se la echó á los pies. Él continuó mirando bailar las hojas y correr las nubes, hasta que el cielo se puso negro del todo, como si de golpe se hubieran cerrado sus puertas soberbias. Entonces, Arturo entornó los ojos y murmuró:

— Voy á dormir.

No respiramos, temerosos de despertarle. Entró *Bullebulle* con luz, haciendo el ruido que su apodo exige, y con gestos le regañamos, le mandamos que se marchara. Con voz muy queda convinimos Isaura y yo en no despertar al enfermo hasta las nueve, hora de tomar el candiel. Eran las siete, faltaban dos horas: pues esas dos horas las pasamos sin movernos, sentados á un lado y otro del sillón de ruedas, tan absolutamente quietos como dos figuras de piedra. Un pájaro, á quien sin duda sorprendió la noche andando de merodeo, aleteó contra el cristal buscando su nido, y la angustia de que pudiera despertarle unió nuestras miradas; el pálido perfil surgía del rojo